

La piruleta mágica

por Juan Abeleira

¡Uy, Uy, Uy! Acabo de enterarme de una cosa; me la contó esta noche cierto pájaro... Es un caso muy extraño, es un caso EXTRAORDINARIO.

Veréis. Resulta que...

Se acercaba la Navidad, y Gloria, la niña Gloria, con sus 6 años auestas, había llevado a sus padres a una juguetería, porque, como ya no era un bebé y había entrado en el colegio, quería elegir personalmente los regalos que iba a pedir a los Reyes.

Y esto fue lo que sucedió.

Después de pensar con sumo cuidado la lista, Gloria le rogó a sus padres que, a la espera de los obsequios, le compraran ese día un detalle, una peonza de madera que la había encandilado. Pero cuando el vendedor estaba envolviendo el juguete, después de mirar a Gloria de arriba a abajo, le preguntó, muy sonriente:

—Y tú, ¿cómo te llamas?

Lo que aquel hombre no sabía es que...

Por lo general, los niños, a esas edades en que, para hablar con los adultos, aún están obligados a levantar la vista, como si éstos, y el mundo entero, estuvieran en una cima, los niños, digo, suelen ser más bien tímidos. Pero lo de Gloria, la verdad, resultaba preocupante. Era tan tímida, tan tímida, que hasta, más o menos, los 4 años no había dicho esta-bocas-mía. Hasta el punto de que sus padres

habían llegado a pensar que era una niña muda. Luego, cuando por fin un día se había atrevido a hablar, lo había hecho muy parcamente, casi con balbuceos. Y desde entonces había continuado exactamente igual: retraída y titubeante.

El vendedor insistió:

—¿Es que acaso me tienes miedo —e incluso dijo esa frase que Gloria ya había oído muchas veces, y que tanta rabia le daba— o es que *te ha comido la lengua el gato?*

¡Nooo! Gloria quiso responderle que no, que no le daba ningún miedo, y también sacarle la lengua —para enseñársela, nada más, para demostrarle que ella no tenía gato, ni perro, ni tan siquiera una tortuga que llevarse a la boca, porque, además, ¿desde cuándo un micifuz come lenguas de niña?—. Pero, como siempre que la abordaban, sobre todo algún mayor, amigo o amiga de sus padres, se le encogió el estómago, se le hizo un nudo en la garganta y se quedó callada. Reducida. Cabizbaja.

Encima, su madre, quizá para sacarla del apuro, aunque ignorando que con ello no hacía más que empeorar la situación, afirmó:

—Es que es un poco tímida, ¿sabe usted?

Tímida. Otra vez esa maldita palabra.

—Ya veo, ya veo... —asintió el vendedor, con aire de preocupación—. Pues, para estos casos, tenemos un excelente remedio: una piruleta mágica.

«¿Una piruleta mágica?», pensó Gloria, y puede que también su madre, e incluso su padre, porque éste de hecho repitió, inclinándose hacia ella:

—Vaya, así que es mágica, ¿eh?... ¿Qué te parece?

—Sí, sí... —insistió el vendedor—. Es mágica porque... Bueno, entre otras cosas, ayuda a los niños tímidos a... soltarse, digámoslo así.

—Estupendo... Anda, cógela —la animó su madre.

Y Gloria, un tanto obnubilada, la cogió. ¡En mala hora, porque...!

Veréis. Esto fue lo que sucedió.

Gloria se guardó la piruleta en el bolsillo, y, sumida en la fascinación que le producía hacer girar y girar la peonza, no volvió a acordarse de ella. Hasta la hora de la merienda. Entonces sintió *hambre* —es decir, ganas de comer *chuches*— y se llevó la mano al bolsillo, por si le quedaba alguno. Y encontró la piruleta. La piruleta mágica.

Y, esto, creedme, fue lo que sucedió.

Gloria se llevó la piruleta a la boca y, en menos que canta un gallo —o un grillo, o una rana— ya se la había zampado. Y luego... ¡Ay! De repente...

Gloria comenzó a hablar. A hablar y a hablar. A hablar sin ton ni son. Sin comas, sin puntos, sin nada. Como un robot:

—Holamellamogloriaalvareznovoa mipadresellamajosémimadresellama virginianacienourenseprovinciadeou-



JUDIT MORALES

rense ciudad de Galicia región de España país de Europa según me contó mi abuelo tengose seis años no me gustan las muñecas prefiero los coches como los chicos me encanta jugar pero hasta ahora no he podido hacer amigos hacer amigos por que dicen y dicen los mayores que soy una niña muy tímida...

Etcétera etcétera etcétera. Y así todo el rato. Sin parar.

Sus padres, que estaban en ese momento barnizando una estantería en el salón, al oír aquel bisbiseo extraño, fueron a ver lo que ocurría. Y al encontrarse a Gloria allí, de pie en mitad de la ha-

bitación, con cara de alucinada, y soltando semejante rollo, se asustaron de veras.

—Gloria, hija, ¿qué te pasa? ¿Estás enferma? ¿Tienes fiebre? —le preguntó su madre, palpándole la frente.

—**No no estoy enferma simplemente me gusta hablarme encantado hablar adoro hablar ¿no era solo que queráis?...**

Etcétera etcétera etcétera. Y así todo el rato. Sin parar.

Cada vez más nerviosos, más nerviosos, los padres de Gloria, empezaron a dar vueltas por la habitación, ora tapándose los oídos, ora tirándose de los pe-

los, ora estrujándose la ropa, sin comprender la razón de tanto disparate. Hasta que el padre, en un arranque de furia, dio una patada al suelo, y gritó:

—¿Te quieres callar de una vez?

Con tan buena o tan mala fortuna que su zapato fue a parar justo encima del envoltorio de la piruleta, en el que, escrito con letras azules, figuraba el nombre de la tienda.

Y entonces lo entendieron todo.

Veloces como un rayo —o mejor dicho, como un trueno, porque estaban muy enfadadas— se llegaron hasta la juguetería, y el padre de Gloria, nada



JUDIT MORALES

más entrar, se dirigió hacia el vendedor, y lo agarró, con las dos manos, del chaleco:

—¡Sinvergüenza! ¿Qué le ha hecho usted a mi hija?

Toda la gente que había en la tienda —incluidos los niños y los bebés que estaban durmiendo o gugujeando en sus cochecitos— se volvieron hacia el revuelo.

—¿Yo? ¿A su hija? ¡Nada, señor!

—¿Cómo que no? —intervino la madre, apretándole con fuerza los carrillos a su hija—. ¡Mírela! ¡Óigala! ¡Sobre todo ÓIGALA! ¡Usted y su piruleta mágica... usted... la ha embrujado!

—**Asíasíasías...** —repetía como una máquina tragaperras la desdichada Gloria.

—Pero señora... señor... ¡por Dios! ¿No se habrán creído ese cuento? No era más que una broma. ¡No existen piruletas mágicas!

—¿Con que una bromita, eh? —gritó

el padre, que ya estaba completamente fuera de sí, rojo de ira. ¡Pues esto —le espetó, señalando a Gloria— no puede quedar así! ¡EXIJO UNA EXPLICACIÓN!

Excuso decir que nadie —ni siquiera el dueño de la tienda, que tuvo que personarse allí inmediatamente— supo darle una explicación a los padres de Gloria, y éstos tuvieron que conformarse con detallar el caso en el Libro de Reclamaciones. Pero, claro, ¿de qué puede servir eso, un Libro de Reclamaciones, cuando la niña de tus ojos, que antes pecaba de mudez, se transforma de repente en un lorillo desquiciado?

Resumiendo: los padres de Gloria, abrumados por aquella pesadilla, hicieron todo cuanto pudieron por ayudar a su hija. Incluso la volvieron a llevar al médico que la había examinado cuando ellos creían que era muda, aunque aho-

ra, claro está, justo por todo lo contrario. Éste, incapaz de hallar una respuesta, consultó a diferentes especialistas —algunos de renombre internacional—, pero ninguno dio con el tratamiento adecuado. Lo único que consiguieron fue que Gloria —con muchísimo esfuerzo, y sin ayuda de ningún aparato, cosa que a los padres y a los médicos les parecía muy cruel— cerrara la boca de cuando en cuando. Pero, tarde o temprano, la pequeña sentía de nuevo un ansia descomunal de soltar la lengua, y entonces... Vuelta a empezar.

Con todo, debo confesar, ya de antemano —para los más curiosos o ansiosos— que esta historia tiene un final... digamos que tan extraño y extraordinario como su enigmático principio.

Veréis. Resulta que...

Un día, mientras Gloria se hallaba en el patio del colegio —la mar de sola y triste, por cierto, ya que, a decir verdad, nadie aguantaba más de un minuto a su lado, ni siquiera los profes, a los que traía locos—, volvió a sentir unas ganas gigantescas, grandilocuentes de liberarse de su empacho: ese inmenso cúmulo de palabras que la atosigaba por dentro. Pero justo cuando fue a abrir la boca...

Esto fue lo que sucedió.

Una mosca, una sencilla mosca que pasaba por allí, se le coló dentro. Tanto, tanto, tanto que Gloria se la tragó. Y, al igual que con la piruleta, sin saber cómo ni por qué, Gloria comenzó a hablar. ¡Pero esta vez a hablar normalmente! Quiero decir que no se puso a desvariar como en los últimos meses, sin ton ni son, sin comas, sin puntos, sin nada, sino a hablar de una manera, digamos, correcta, con-medida.

Y esto fue lo que dijo:

—Me gustaría jugar. Jugar con los demás niños.

Y, acto seguido, como si llevara toda la vida, su corta vida haciéndolo, y es más, como si nada de lo que había sucedido hubiera sucedido, se dirigió hacia donde estaban tres de sus compañeros de clase y comenzó a jugar a las tabas. Y a charlar, amigablemente.

Me diréis, ya lo sé, que todo ello resulta difícil de creer, pero esta historia, aunque cierta —los pájaros nuncan mienten— se sale de lo habitual. ¿No es así?

De hecho, por eso os la he recontado.